

calibrite

colorchecker CLASSIC



Casavieja
Avila



Casavieja

Avila

MCD 2022-L5



ROMANCE I

AL DESPRENDIMIENTO DE CRISTO Y LA VIRGEN

Los dos más dulces esposos,
los dos más tiernos amantes,
los mejores Madre é Hijo,
porque son Cristo y su Madre.

Tiernamente se despiden,
tanto, que en sólo mirarse,
parece que entre los dos
se está repartiendo el cáliz.

h. 43179

Hijo, le dice la Virgen:
¡ay! ¡si pudiera excusarte
de esta llorosa partida
que las entrañas me parte!

A morir váis, hijo mio,
por el hombre que criásteis,
que ofensas hechas á Dios
solo Dios las satisface.

No se dirá por el hombre:
quien tal hace que tal pague,
pues que Vos pagáis por él
al precio de vuestra sangre.

Dejadme, dulce Jesús,
que mil veces os abrace,
porque me déis fortaleza
que á tantos dolores baste.

Para llevaros á Egipto
hubo quien me acompañase,
más para quedar sin Vos
¿quién dejais que me acompañe?

Aunque un angel me dejéis
no es posible consolarme,
que ausencia de un hijo Dios
no puede suplirla un angel.

Yo siento vuestros azotes
porque vuestra tierna carne,

como es hecha de la mia
hace también que me alcance.

Vuestra cruz llevo en los hombros
no hay que pasar adelante,
que si á los vuestros aliento
aunque soy vuestra, soy Madre.

Mirando Cristo á Maria
las lágrimas venerables,
á la Emperatriz del cielo
responde palabras tales:

Dulcísima Madre mia,
Vos y Yo dolor tan grande
dos veces le padecemos,
pues le padecemos antes.

Con Vos quedo, aunque me voy,
que no es posible apartarse
por muerte ni por ausencia
tan verdaderos amantes.

Yo siento más que mi muerte
el ver que el dolor os mate,
que el sentirlo y padecerlo
en mí son penas iguales.

Madre, yo voy á morir,
porque ya mi eterno Padre
tiene dada la sentencia
contra mí que soy su imágen,

Por el más errado esclavo
que ha visto el mundo, ni cabe,
quiere que muera su hijo;
obedecerle es amarle.

Para morir he nacido:
él ordenó que bajase
de sus entrañas paternas
á las vuestras virginales.

Con humildad y obediencia
hasta la muerte ha de hallarme;
la cruz me espera, Señora,
Dios os consuele, abrazadme.

Contempla á Cristo y Maria,
alma, en tantas soledades,
que ella se queda sin hijo
y él que sin madre se parte.

Llega y dila, Virgen pura,
¿queréis que yo os acompañe?
Que si te quedas con ella
el cielo puede envidiarte.



ROMANCE II

Á LA ORACIÓN DEL HUERTO

Hincado está de rodillas
orando á su padre inmenso
el que á la diestra sentado
juzgará vivos y muertos.

Como ha de morir en monte,
en el monte está el Cordero,
para ver, pues vió la hostia,
el cáliz donde le ha puesto

A las palabras que dice
¡peñas se enternecieron,
que apenas de Dios las peñas
saben hacer sentimiento.

De ver á Dios de rodillas
se está deshaciendo el cielo,
aún los rayos del Padre
se alegran de verlo en medio.

Si dice Dios que su alma
tristeza está padeciendo,
¿cómo ha de haber cosa alegre
en la tierra ni en el cielo?

Pues para verificarse
que era hombre verdadero,
fué menester que su carne
tuviese la muerte en medio.

Al fervor de la oración
sudó sangre todo el cuerpo,
que sus delicados poros
quedaron todos abiertos.

Aquel bálsamo precioso
cogió la tierra en el seno,
que como es madre del hombre,
quiere guardar su remedio.

Echóse en la tierra Cristo
dejando su rostro impreso,

que es de amantes dar retratos
cuando se están despidiendo.

Al padre vuelve la espalda,
para que en sus hombros tiernos
den los rayos de su ira,
no al suelo que está cubierto.

En fin, volviendo la cara,
de su mismo padre espejo,
movió al cielo con la voz
á lástima y á silencio.

Pase éste cáliz de mí,
si es posible, Padre Eterno,
mas no se haga mi gusto,
tu voluntad obedezco.

Crecieron tanto las ansias
que fué menester que luego,
rompiendo un angel los aires,
bajase á darle consuelo.

¡Ay, Jesús de mis entrañas!
cómo habeis llegado á tiempo
que os consuelen siendo Dios,
las criaturas que has hecho.

¿A dónde estais, Virgen pura,
que á falta vuestra los cielos
un angel á Cristo envían?
llegad, consoladle presto,

Decidle: dulce Hijo mio,
cuando ayunaste, vinieron
mil ángeles á esforzaros
con soberano sustento.

Cuando naciste bajaron
dos mil ejércitos bellos;
y cuando vais á morir
uno sólo viene á veros.

Limpiadle, Virgen piadosa,
la sangre con los cabellos;
que pues le deja su Padre,
vea á su madre á lo menos.

Id Vos con ella, alma mia,
entrad con ella en el huerto,
no sospechen que os quedáis
con el que viene á prenderlo.

Decidle: dulce Jesús,
aquí estoy al lado vuestro,
para padecer por Vos,
no para negaros luego.

Vámonos presos los dos
pues vais por mi culpa preso;
cinco mil son los azotes,
muchos son, partir podemos.



ROMANCE III

À LOS AZOTES QUE DIERON À CRISTO
NUESTRO SEÑOR|

Mira, Juan, por la ventana
de la casa de aquel Juez
puesto en la columna Cristo,
su maestro y nuestro bien.

Las manos que al cielo hirieron
atadas con un cordel,
en una aldaba de hierro
que yerro del hombre fué.

Y porque à las espaldas

el mármol no alcanza bien
tiene los brazos cruzados,
para que sin cruz no esté.

Mira que vuelve el Cordero
la piedra en jaspe después,
pues con cinco mil azotes
le desollaron la piel.

Y que enternecido el mármol
cera se quiere volver,
pues es más blando que el hombre
estando Dios atado á él.

Razón el mármol tenía,
porque cuantos le ofendeis
mármoles sois en que azotan
á Cristo Santo otra vez.

Viendo, pues, al sacerdote
divino Melquisedech,
cubierto de cardenales
de la cabeza á los pies.

Con tierno llanto le dice
su secretario fiel:

¿qué es aquesto, Jesús mio?
¡ay de los ojos que os ven!

De azucena os habéis vuelto
tan deshojado clavel,
que os olvidáis de ser Dios

para teneros en pié.

Pensé llamar vuestra madre,
mas, ¡ay, Dios! ¿cómo podré
dar á sus tiernas entrañas
un cuchillo tan cruel?

Aunque de su fortaleza
no tengo yo que temer,
que si estais vos en columna,
columna es ella también.

Porque vuestro eterno Padre
con su divino poder,
de tales columnas hizo
las puertas de Ezequiel.

¡Qué bien hicisteis, Señor,
que fuese muerto José,
que con ser padre adoptivo
no hubiera fuerzas en él!

De veros en un pesebre
lloró de amor en Belén,
¿qué hiciera si tal os viera
vuestros años treinta y tres?

Gran maldad hizo el amigo
que cenó con Vos ayer,
pues todo el valor del cielo
dió por tan poco interés.

Los que ayudaros juraron

lo cumplen tan al revés,
que hasta los gallos que cantan
dicen que los falta fe.

Si en vuestro pecho dormi,
hacedme, Señor, merced,
que vele con él ahora
y me regale con él.

Esto dijo Cristo á Juan;
almas, llorar y tened
lástima de ver que azotan
por los esclavos al Rey.



ROMANCE IV

Á LA CORONA DE ESPINAS

Coronado esté el Cordero,
no de perlas ni zafiros,

ni de claveles ni flores,
sino de juncos marinos.

Su santísimo cerebro
le traspasan atrevido
frutos que no dió la tierra
desde que Dios la maldijo

Mas lo que causa dolor
es ver que se hayan subido
desde las plantas de Adan
á la cabeza de Cristo.

De zarzas está cercado
aquel soberano trigo
que el espíritu de Dios
sembró en campo virgineo.

Entre las espinas verdes
para mayor sacrificio,
el cordero de Abraham
está esperando el cuchillo.

Ya las hijas de Sión
al Rey Salomón han visto
en el día de sus bodas
coronado de jacintos.

¡Ay! divino Dios de amor,
Cupido, y harto escupido
de aquellas infames bocas
más fieras que basiliscos.

Venda os poned en los ojos
que quiere Dios infinito,
que seas, Jesús vendado,
pues fuiste Jesús vendido.

Para daros golpes fieros
os cubren, porque imagino,
que como sois tan hermoso,
no se atreven sin cubriros.

Los hombres, Señor, os ciegan,
que piensan que sus delitos
los verá quien siendo Dios
ve los pensamientos mismos.

Para daros bofetadas
el hombre os hace adivino,
pues dicen que adivinéis
las manos que os han herido.

Yo he sido, dulce Jesús,
yo he sido, dulce bien mio,
el que en Vos puso las manos
con mis locos desatinos.

Yo soy por quien arrancaron
esos cabellos benditos,
que diera el cielo por ellos
todos sus diamantes ricos.

Si los viera ¡Jesús mio,
la Virgen que los peinó,

y con gusto regaló
arrancarlos y escupirlos!

Si ella viera maltratarlos
diera tan recios suspiros,
que los ángeles lloraran
y tembrara el cielo mismo.

Una vez os vió la Esposa
como las rosas y lirios
á sus puertas como el alba
coronado de rocío.

¿Cómo llamaréis ahora
al alma que está en sus vicios
llena de sangre que corre
sobre esos ojos divinos?

Mirad, alma, que le sacan,
y que dice el pueblo á gritos:
Jesús muera, y Barrabás
viva en hurtos y homicidios.

No seas tan dura y fiera,
que entre tantoa enemigos,
pidas viva un ladrón
y que den la muerte á Cristo.



ROMANCE V

AL ECCE-HOMO

Pues el juez más lisongero
que con su Principe ha sido,
por interés de su gracia
y por no perder su oficio.

En un balcón de su casa
azotado y escupido,
para que el pueblo le vea
puso al inocente Cristo.

Después de noche tan fiera

aparece el sol teñido
en sangre, y en vez de rayos
puntas de juncos marinos.

A las llagas de su cuerpo
pegado el rojo vestido,
que también se hicie a rojo
si fuera de blanco armiño.

Veis aquí, les dice, al hombre
á quien desde el cielo dijo,
con su voz el Padre Eterno:
Este es mi Hijo querido.

Aquí le traigo enmendado:
oh, ¡qué extraño desatino,
quèrer enmendar á un Dios
tan bueno y tan infinito!

Quita, quita, le responden
viejos, ancianos y niños;
muera, muera, muerte infame,
pues Hijo de Dios se hizo.

Ay, Jesús, Hijo de Dios,
que ese nombre y apellido
no le tenéis Vos hurtado,
que sois igual á Dios mismo.

Virgen santa, decid Vos
lo que el angel os ha dicho
de él, lo que los profetas

dijeron por tantos siglos.

Y que este preso, azotado
es aquel que cuando niño
le adoraron los tres Reyes
y Vos llevásteis á Egipto.

Abonadle, Virgen bella,
decid que de Dios es hijo,
que puesto que sois su madre
bien valéis para testigo.

Abonada sois, Señora,
todo el bien de Dios os vino:
Bienaventurada os llaman
los que son, serán y han sido.

Decid vos que es el Cordero
Bautista, aunque sois su primo,
que quien por verdades muere
bien merece ser creído.

Decid ángeles hermosos,
¿es éste el mismo que vimos
nacer de amor abrasado
aunque temblando de frío?

Decid, Pedro, Juan y Diego,
que á su Padre habéis oído,
que es su hijo en el Tabor
si el miedo os deja decirlo.

Llegad presto, que dan voces

en aquel falso concilio
para que la vida muera
que es Dios sin fin ni principio.

Ay, Virgen, mirad que quitan
á un fiero ladrón los grillos,
y á Jesús ponen al cuello
la sogá de mis delitos.

Paréceme que decís,
gloria de los ojos míos,
más quiere el mundo un ladrón
que á mi Cordero divino.

Mientras le dan la sentencia
alma, con tristes suspiros,
decid á su Eterno Padre
que se duela de su Hijo.

Señor, aquí está el esclavo,
que soy de la muerte digno,
pero está cerrado el cielo,
no querrá su Padre oiros.

Volved á la Virgen Sacra
y acompañad su martirio,
que también mata el dolor
donde no alcanza el cuchillo.



ROMANCE VI

AL LLEVAR LA CRUZ Á CUESTAS

La leña del sacrificio
lleva el obediente Isaac,
aunque no ha de bajar angel
á detener á Abraham.

El puro y manso Jesús
que el Bautista en el Jordán
llamó Cordero de Dios,
se quiere sacrificar.

El que entre Moisés y Elías
vieron Diego, Pedro y Juan,

en la cumbre del Tabor
lleno de luz celestial.

Este mismo muere triste
no lejos de la ciudad;
porque juzguen que es ladrón,
entre los ladrones va.

Un madero lleva al hombro;
lagar en que han de pisar
el solo racimo fértil
de aquella vid virginal.

En su delicado cuello
lleva el Principe de Paz,
de dos pesadas columnas
su imperio y cetro real.

Al son de trompetas tristes
pregones injustos dan:
Esta es la justicia, dicen,
pero no dicen verdad.

Si esta es la envidia dijeran,
bien pudieran acertar;
mas siempre se vale el mundo
de la disculpa de Adán.

Dicen que el César hurtaba
la romena majestad,
para hacerse rey quien era
Hijo de Dios natural.

Mucho le pesa la cruz,
los pecados mucho más,
con ellos ha dado en tierra,
pues no los puede llevar.

Llevadlos, Jesús querido,
que si Vos no los lleváis,
esclavos seremos todos
del tirano Leviatán.

Cayó Cristo y por la frente
con el golpe desigual,
se le entraron las espinas
lo que faltaban entrar.

Cególe el polvo los ojos
si el sol se puede cegar,
la boca de sangre llena
se estampó en un pedernal.

Suspira el manso Cordero,
y ayuda pidiendo está,
y á fuerza de palos y golpes
le vuelven á levantar.

Como tiraban la soga,
volviendo el cuerpo hacia atrás
miró al cielo enternecido,
pero vióle sin piedad.

¡Ay, virginales entrañas,
los pasos apresurad,

con angélico decoro
si le queréis consolar!

Para conocer su rostro,
desfigurado y mortal,
la imagen del Padre Eterno
con vuestras tocas limpiad.

Abrazadle, Virgen santa,
porque si Vos le abrazáis
al regazo de esos pechos
consuelo el suyo tendrá.

Mas el descomedimiento
de esa gente desleal
atropellará furioso
vuestra santa honestidad.

Mejor es, alma, que vos
con vuestra cruz le sigáis,
porque quien tras él la lleva
ese le viene á ayudar.

Que si de vuestros pecados
el peso á la cruz quitáis,
haréis que ella pese menos
y Cristo camine más.



ROMANCE VII

AL DENNUDARLE LA TÚNICA

En tanto que en hoyo cavan
adonde la cruz asienten
en que el Cordero levantan
figurado por la sierpe.

Aquella ropa inronsútil
que, de Nazaret ausente,
labró la hermosa Maria
después de su parto alegre.

De sus delicadas carnes

quitan con manos alevés
los camareros que tuvo
Cristo al tiempo de su muerte.

No bajan á desnudarle
los espíritus Celestes,
sino soldados que luego
sobre su ropa echan suertes.

Quitáronle la corona,
y se abrieron tantas fuentes,
que todo el cuerpo divino
cubrió la sangre que vierten.

Al despegarle la ropa
las heridas reverdecen,
pedazos de carne y sangre
salieron entre los pliegues.

Alma pegada á tus vicios,
si no puedes, ó no quieres
de ellos pronto despegarte,
mirar esta ropa puedes.

A la sangrienta cabeza
la dura corona vuelven,
que para mayor dolor
le coronaron dos veces.!

Asió la sogá un soldado
tirando á Cristo de suerte,
que donde va por su gusto

quieren que por fuerza llegue.

Dió Cristo en la cruz de ojos,
arrojado de las gentes,
que primero que la abrace
quieren también que la bese.

Qué cama os está esperando
mi Jesús, bien de mis bienes,
para que el cuerpo cansado
siquiera á morir se acueste.

Oh, que almohadas de rosas
las espinas os prometen,
¡qué corredores dorados
los de esos falsos crueles!

Dormid en ella, mi amor,
para que el hombre despierte
aunque más dura se os haga
que en Belén entre la nieve.

Que, en fin, aquella tendría
abrigo de las paredes,
las tocas de vuestra madre,
y el beno de aquellos bueyes.

¡Qué vergüenza le daría
al Cordero Santo al verse
siendo tan honesto y casto,
desnudo entre tanta gente!

Ay, divina madre suya

si ahora llegáseis á verle
en tan miserable estado,
¿quién ha de haber que os consuele?

Mirad, Reina de los Cielos,
si el mismo Señor es éste,
cuyas carnes parecían
de azucenas y claveles.

Mas, ay, madre de piedad,
que sobre la cruz le tienden
para tomar la medida
por donde los clavos entren.

¡Oh, terrible desatino!
medir al inmenso quieren;
pero bien cabrá en la cruz
el que cupo en un pesebre.

Ya Jesús está de espaldas
y tantas penas padece,
que con ser la cruz tan dura,
ya por descanso la tiene.

Alma de bronce ó de mármol,
mientras en tus vicios duermes,
dura cama tiene Cristo,
no te despierta la muerte?



ROMANCE VIII

AL LEVANTARLE EN LA CRUZ

Vuestro esposo está en la cama,
alma, siendo vos la enferma,
pasemos á visitarle,
que dulcemente se queja.

En la cruz está Jesús,
á donde morir espera
el postrer sueño por vos;
bien será que estéis despierta.

Llegad y miradle echado,
enjugadle la cabeza

que el rocío de la noche
le ha dado sangre por perlas.

Mas cómo podrá dormir
que ya la mano siniestra
le clavó un fiero verdugo
nervios y ternillas suenan.

Poned, alma, el corazón
si llegar á Cristo os dejan
entre la Cruz y la mano
porque os le claven con ella.

Mas ¡ay Dios! que ya le tiran
de la mano que no llega
al barreno que á la Cruz
hicieron las suyas fieras.

Con una soga doblada
atan la mano siniestra
del que á desatar venia
tantos esclavos por ella.

De sus delicados brazos
tiran juntos con tal fuerza,
que todas las conyunturas
le desencajan y quiebran.

Alma, lleguemos ahora
en coyuntura tan buena,
que no la hallareis mejor
aunque está Cristo sin ella.

Clavan la siniestra mano
haciendo tal resistencia
el hierro alzando el martillo,
que parece que le pesa.

Los divinos pies traspasan,
y cuando el verdugo yerra
de dar en el hierro el golpe,
en la carne santa acierta.

Por los piés y por las manos
de Jesús los clavos entran,
pero á la Virgen Maria
el corazón atraviesan.

No dan golpes los martillos
que en las entrañas no sea
de quien fué la carne y sangre
que vierten y que atormentan.

A Cristo en la Cruz enclavan
con puntas de hierro fieras,
y á Maria crucifican
el alma clavos de penas.

Al levantar con mil gritos
la soberana bandera,
con el Cordero por armas
imagen de su inocencia.

Cayó la viga en el hoyo,
y al punto que tocó en tierra,

desgajándose las manos
dió en el pecho la cabeza.

Salió de golpe la sangre
dando color á las piedras,
que pues no la tiene el hombre
bien es que tengan vergüenza.

Abriéronse muchas llagas
que del aire estaban secas,
y el inocente Jesús
del dolor los ojos cierra.

Pusieron á los dos lados
dos ladrones por afrenta,
que á tanto llegó su envidia
que quieren que lo parezca.

Poned los ojos en Cristo,
almas, el tiempo que os queda,
y con la Virgen María
estad á su muerte atentas.

Decidle: dulce Jesús,
vuestra cruz mi gloria sea:
ánimo á morir, Señor,
para darnos vida eterna.



ROMANCE IX

Á CRISTO EN LA CRUZ Y LAS SIETE
PALABRAS

¿Quién es aquel caballero
herido por tantas partes
que está de morir tan cerca
y no le conoce nadie?

Jesus Nazareno dice
aquel rótulo notable:
Ay, Dios, ¡qué nombre tan dulce!
no merece muerte infame.

Después del nombre y la patria,
Rey dice más adelante;
pues si es Rey, ¿cómo de espinas
han osado coronarle?

Dos cetros en la mano:
mas nunca he visto que enclaven
á los reyes con los cetros
los vasallos desleales.

Unos dicen que si es Dios
de la cruz descienda y baje;
otros que salvando á muchos
asi no puede salvarse.

De luto se cubre el cielo
y el sol de sangriento esmalte:
ó padece Dios, ó el mundo
se disuelve ó se deshace.

Al pié de la cruz, Maria
está con dolor constante,
mirando al sol que se pone
entre arreboles de sangre.

Con ella su amado primo,
haciendo sus ojos mares,
Cristo los pone en los dos
más tierno porque se parte.

¡Oh, lo que sienten los tres;
Juan, como primo y amante;

como Madre la de Dios,
que lo de Dios, Dios lo sabe!

Alma, mirad como Cristo,
para pedir á su padre,
viendo que á su Madre deja
la dice palabras tales:

Mujer, *ves ahí á tu Hijo:*
y á Juan, *ves ahí á tu Madre;*
Juan queda en lugar de Cristo,
ay, Dios, ¡qué favor tan grande!

Viendo, pues, Jesús que todo
ya comenzaba á acabarse
sed tengo, dijo á los hombres,
sed de que el hombre se salve.

Corrió un hombre y puso luego
á sus labios celestiales,
con una caña, una esponja
llena de hiel y vinagre.

En la boca de Jesús
pones hiel, hombre, ¿qué haces?
mira que por ese cielo
de Dios las palabras salen.

Advierte que en ella puso
con sus pechos virginales
María en su blanca leche
mucho dulzura suave.

Alma, sus labios divinos
cuando vamos á rogarle
aunque con vinagre y hiel
darán respuestas suaves.

Llegad á la Virgen bella
y decidla con el Angel:
Ave, quitar su amargura
pues de gracia sois el ave.

Sepa el fruto al vientre santo
y á la dulce palma el dátíl:
el alma tiene á la puerta,
no tengan hiel los umbrales.

Y si dais leche á Bernardo
porque su madre os alabe,
mejor Jesús la merece
pues Madre de Dios os hace.

Dulcísimo Cristo mío,
aunque esos labios se bañen
en hiel de mis graves culpas,
Dios sois, como Dios habladme.

Habladme, dulce Jesús,
antes que la lengua os falte;
no os descendan de la cruz
sin hablarme y perdonarme.



ROMANCE X

AL BUEN LADRÓN

Angeles que están de guardia
en los presidios eternos,
el arma, el arma, á la puerta
que quieren robar el cielo.

¿Qué importa que de diamante
se viese Juan muros bellos,
que estando Cristo enclavado,
cómo podrá defenderos?

Si Cristo santo es la puerta,

ya se le rompen tres hierros,
cuyas llaves sangre bañan
porque den vuelta más presto.

Acechando está un ladrón
por los mismos agujeros
si á la casa del tesoro
de Dios pueden dar un tiento.

Como de su eterno Padre
es el escritorio el Verbo,
adonde guarda las joyas,
ganzúas de la fe han puesto.

Por las paredes humanas,
que hizo de Dios el dedo
en el vientre de María,
escala pone á su pecho.

Por la humanidad de Cristo
entra á Dios el ladrón diestro;
pero llegando con fe,
dicen que no es sacrilegio.

Robar quiere la custodia
de su mayor Sacramento,
con ver la hostia en el caliz,
y el caliz de sangre lleno.

No lleno aunque lo parece
que todo se está vertiendo;
que anda revuelta la casa

cuando se muere su dueño.
¿Qué mucho que anden ladrones,
si ha de ser Cristo en muriendo,
ganancia de pescadores
estando el río revuelto?

Como se abrasa la casa,
y dice Dios, fuego, fuego,
todas las joyas arroja
por las ventanas del Verbo.

No le defiende María
que también su pecho tierno
está clavado en Jesús,
aunque se le arranca el pecho.

Como se le muere el hijo,
no tiene la hacienda dueño,
que desde que le parió
la cuesta tantos tormentos.

Tampoco Juan le defiende;
que quien se durmió en su pecho,
mal podrá guardar tesoros
que no se guardan durmiendo.

Pero ya el ladrón famoso,
como otros muchos han hecho,
quiere acabar predicando
al que está con él, diciendo:

Este padece sin culpa,

los culpados padecemos;
Jesús, Hijo de David,
te acuerdes de mí en tu reino.
Conmigo, responde Cristo,
estarás hoy, te prometo,
que como ve que se parte
hace barato del cielo.

Alma, llegad á la cruz,
que está Cristo todo abierto,
liberal y bondadoso,
como se le acaba el tiempo.

No os quedéis por vuestra culpa
sin los tesoros inmensos,
Dios lleva un ladrón consigo,
mirad cual anda el deseo.

Como todos le han dejado,
no se espante el mundo de esto,
que hacer caso de ladrones
es á falta de hombres buenos.

Ahora que el cielo roban
es buena ocasión que entremos,
que podrá ser que después
le pongan candados nuevos.



ROMANCE XI

AL ESPIRAR CRISTO EN LA CRUZ

Desamparado de Dios,
el hombre puesto en un palo,
el alma tiene Jesús
en sus santísimos labios.

▲ su eterno Padre mira,
abriendo los ojos santos,
que ya cerraba la muerte
atrevida el velo humano.

Con voz poderosa dice,

cielos y tierra temblando:
mi espíritu, Padre mío,
pongo en tus divinas manos.

Y bajando la cabeza
sobre el pecho levantado,
entregó su alma á Dios
para que flechase el arco.

Espira el dulce Jesús,
y del sangriento costado,
sale aquella alma obediente
dejando el cuerpo entre clavos.

Desnudo, muerto y sin honra,
mira el padre soberano
á su dulcísimo Hijo
por un miserable esclavo.

No manda que de la Cruz
ejércitos soberanos
le descendan y sepulten
en urnas de jaspe y mármol.

Manda al sol que se retire
y lo hiciera sin mandarlo,
por no ver desnudo á Cristo
hecho á tormentos pedazos.

Que la tierra y mar se turben,
y que los hombres ingratos
sepan que ha muerto por ellos

un Hijo que quiere tanto.

Manda se vistan de luto
los celestes cortesanos,
y que se apaguen las luces
de estrellas, planetas y astros.

Rompióse el velo del templo,
cayeron los montes altos,
abriéronse los sepulcros
y hasta las piedras temblaron.

Mas llamando encantamiento
el pueblo á tales milagros,
quebrarle quieren los huesos
que sólo quedaron sanos.

Y como le hallaron muerto,
por ir seguro un soldado,
puso la lanza en el ristre
y arremetiendo al caballo

abrió por el sumo pecho
tanta herida á Cristo santo,
que descubrió el corazón
como buen enamorado.

El corazón que los hombres
vieron en obras tan claro,
quiso también que se viese
dar agua de sangre falto.

Alma, á la Virgen María

considera en este paso,
que la traspasa el dolor,
y á Cristo el hierro inhumano.

Qué, ¿queréis á un hombre muerto
les diría el lirio casto?

Mas bien hacéis porque creo
que sois de Cristo retrato.

Ya del nuevo Adan dormido
y de su abierto costado
sale la Iglesia, su esposa,
para bien de los cristianos.

Ya salen los Sacramentos
del Bautismo y del pan santo,
que como es horno de amor,
sale en pan Dios abrasado.

De la ventana del cielo
ha quitado Dios el arco,
para que los hombres vean
que no tiene más que darlos.

Pues, dulcísimo Jesús,
si después de piés y manos
también dáis el corazón,
¿quién podrá el suyo negaros?



ROMANCE XII

AL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

Las entrañas de Maria
con nuevo dolor traspasan
los martillos que á Jesús
de la alta cruz desclavan.

¡Quién dijera, dulces prendas
para santo bien halladas,
que para subir al cielo
no fué menester escalas!

¡Mas que mucho que se alcance
á la cruz santa arrimada,
ni que hecho pedazos venga

si el cielo á la tierra baja!

Ya no cae más sangre de él,
porque si alguna quedara
otra lanzada le dieran,
mas fué desongño el agua.

Junto al sangriento costado
formada una esponja helada,
devanando sus espinas
aquella madeja santa.

Los clavos baja á la Virgen
Nicodemus, porque bajan
desde el cuerpo de su Hijo
á crucificarla el alma.

Con trabajo y con dolor
José la corona saca,
por estar en la cabeza
por tantas partes clavada.

A la Virgen la presenta,
que las azucenas blancas
de sus manos vuelve en rosas,
y de su sangre las baña.

Ningún martirio de Cristo
sino la corona santa,
tocó en el cuerpo á la Virgen
hiriéndola por tomarla.

Sacan sangre las espinas

de sus manos delicadas,
que junta con la de Cristo
para mil mundos bastara.

La cual pone en su cabeza
porque á su esposo le agrada,
que sea lirio entre espinas
aquella venda de grana.

Ahora, hermosa Maria,
parecéis la verde zarza,
que aunque el fuego os baje muerto
bien arde en vuestras entrañas.

Recíbidle, gran señora,
que de la sangrienta cama,
Juan, Magdalena y José
á vuestros brazos le bajan.

Cuando niño estaba en ellos
haciendo y diciendo gracias,
que las del Padre tenía
que fué su misma palabra.

Tomad esas manos frías
y diréis viendo las palmas,
que un hombre tan manirroto
no es mucho lo que nos daba.

Tomad los piés y veréis,
qué bien el mundo le paga
treinta y tres años que anduvo

solicitando su causa.

Poned en vuestro regazo
la cabeza soberana,
veréis que el Esposo vuestro
ni os alegra ni os regala.

Y si el costado miráis
y aquella profunda llaga,
Dios os dé paciencia, Virgen,
porque consuelo no basta.

Alma, por quien Dios ha muerto,
y muerte tan afrentada,
mira á su madre divina
y dila con tiernas ansias:

Desnudo, roto y difunto
os le vuelven, Virgen santa,
naciendo os faltan pañales,
mortaja muriendo os falta.

Pidámosla de limosna,
y entiérrele en pobres andas
la santa misericordia,
pues ella misma le mata.



ROMANCE XIII

Á LA SOLEDAD DE NUESTRA SEÑORA

Sola con sola la cruz,
los ojos puestos en ella,

en sus virginales manos
clavos y espinas sangrientas.

Vueltos dos fuentes sus ojos
que derraman vivas perlas,
florando muerta una vida,
dice así una vida muerta:

¡Ay, cruz que en mi soledad,
como amiga verdadera,
solo á la sola acompañas,
solo á la sola consuelas.

Dame tus dulces abrazos,
abraza á esta madre tierna,
porque á falta de mi Hijo
los tuyos solo suplieran.

Quiero abrazarte, cruz mía:
¿pero qué sangre es aquesta?
puesto que sin fuego hierva
sin duda es la mía misma.

¡Ay, sangre de mis entrañas,
vertida por tantas puertas!
pues de mis venas saliste,
volved á entrar en mis venas.

Ay, sangre que vertió Dios,
ay, sangre que Dios desea,
pues con esta sangre cobra
Dios de Dios todas las deudas.

¡Ay, engañosa manzana!
¡ay, mentirosa culebra!
¡ay, enamorado Adán!
¡ay, mal persuadida Eva!

Llevó aquel arbol vedado
frutas de culpas y penas,
mas vos, cruz, una granada
coronada y pechiabierta.

Como fué fruta de invierno
y cogida en una huerta,
colgáronla por el hombre
que trae la salud enferma.

Ya á los dos nos desfrutaron
de la dulce fruta nuestra,
pues la llevamos los dos,
yo con dolor, tú con pena.

Vuelve en ti á crucificarme
no hayas miedo que lo sienta,
que mal sentí yo sin alma
pues el sepulcro me encierra.

La lanza que le hirió muerto
á mí el alma me atraviesa,
que estaba en su pecho el alma,
y el mio estaba sin ella.

Crucificadme de pechos,
y no de espaldas, Cruz bella,

que pues la de Dios guardaste,
no es bien que ya te las vuelva.

Juntemos pechos y abrazos,
que juntos es bien se vean,
brazos y pechos que á Dios,
en vida y muerte sustentan.

A Dios tuviste en los brazos,
atándole de manera
que pudo el ladrón del hombre
llegar á hurtar sus riquezas.

Cruz, teniendo á Dios en peso
en él mostraste tus fuerzas,
pues le hiciste dar de sí
cuanto pudo y cuanto era.

Contigo me crucifica;
y si por clavos lo dejas,
aquí están aquestos tres
que hasta el alma me atraviesan.

¿Cómo siendo arco de paz
para mí lo eres de guerra,
pues son de mi corazón
aquestos clavos las flechas?

Ay, Hijo, si nunca errásteis,
¿cómo con clavos os hierran?
pues vuestra Madre es esclava,
hierran á la madre vuestra.

¡Oh ensangretadas espinas
que os subis á la cabeza,
á que mi flor encarnada,
pues es rosa, espinas tenga!

Ay, dolorosos despojos
de la victoria sangrienta;
venid á ser haz de mirra
de mi pecho y mi paciencia.

Herid el pecho que os ama,
y aquesta boca que os besa,
estos brazos y estos ojos,
dijo, y quedóse suspensa.

Con lágrimas acompaña,
alma, á su madre y tu Reina,
que sola al pié de la Cruz
llora su muerte y su ausencia.

El templo rompe su velo,
la luna en sangre se anega,
gime el aire y brama el mar,
llora el sol, tiembla la tierra.

Alma, gime, tiembla y llora,
que hasta las piedras te enseñan,
pues rompe sus corazones
cuando el tuyo se hace piedra.

Los muertos á quien dió vida
sienten su pasión acerba,

y tú que se la quitaste
no lo sientes ni lo piensas.



ROMANCE XIV

AL SEPULCRO DE CRISTO

En el doloroso entierro
de aquel justo ajusticiado,
que por culpas y no suyas,
quiso morir en un palo.

Cual campanas clamorean
los insensibles peñascos,

que es bien que las piedras hablen
en tan lastimoso caso.

Viste el sol bayeta negra,
y la luna morgil basto,
capuces la tierra y cielo,
que son del cielo criados.

La noche colgó de luto
las paredes del Calvario,
y el templo pesar mostró
sus vestiduras rasgando.

Las hachas son amarillas,
que los celestiales astros
como vieron su luz muerta
amarillos se tornaron.

De la caridad vinieron
á enterrarle los hermanos,
y los de la Veracruz
con algunos del Traspaso.

Angustias y Soledad
al entierro acompañaron,
que era su madre cofrada
y la primera que ha entrado.

No vino la clerecía
que de doce convidados
uno solo se halló en él,
que era del difunto amado.

Para amortajar el cuerpo
dió un piadoso cortesano
de lismona una mortaja,
de su inocencia retrato.

Hizo la madre el acetre
de sus ojos lastimados,
derramando agua bendita,
el *Pater noster* rezando.

Con olorosos unguentos
ungen el cuerpo llagado,
de los vasos de sus ojos
mirra amarga destilando.

Llevan el difunto Dios
en los dolorosos brazos,
con lamentables suspiros
tristes lágrimas llorando.

Llegan al sepulcro ageno
y fué pensamiento sabio,
que para sólo tres dias
basta un sepulcro prestado.

Abrió el sepulcro la boca
y recibió á Dios temblando,
que aun las piedras si comulgan
ha : ————— mulgando.

exequias

Jesús enamorado,

que yace por tus amores
muerto, herido y desangrado.

Mira sin luz á la luz,
sin vida al que te ha dado,
condenado al Salvador
por salvar al condenado.

Mira por ti á Jesús muerto
y que muerto y enclavado,
te dice: ¡Ay esposa mía!
aunque me has muerto, te amo.

Mira aquestos rojos piés
y aquestas sangrientas manos,
mira este rostro escupido
y este cabello arrancado.

Mira aquesta boca herida
y aqueste cuerpo azotado,
y esta cabeza sangrienta
y este pecho alanceado.

Entrate en estas heridas,
más ¡ay! que sangre han brotado
cierta señal, alma mía,
que eres tú quien las ha dado.

Yo te perdono mi muerte
como llores tus pecados,
que estoy para perdonar
aunque muerto, no cansado.

Cesen ya las sinrazones,
alma, basta lo pasado
que será hacer de tus yerros
otra lanza y otros clavos.

Acábense con mi muerte
tus culpas y mis agravios,
porque es ofender á un muerto
de corazones villanos.

De tus culpas y mis llagas
los dos quedaremos sanos,
si derramares sobre ellas
mirra de dolor amargo.

Alma, mis heridas cura
sen este bálsamo santo,
y las tuyas que tú hiciste,
las podrás curar llorando.

En el plato de tus ojos
dame manjar de tu llanto
y podrás decir que á un muerto
pudo dar vida este plato.

Amame tú como debes
y viviremos entrambos:
tú enterrándote conmigo
y yo en ti resucitando.

FIN



EL REDENTOR

Decorative border on the left edge of the page, featuring a repeating pattern of stylized floral or geometric motifs.

MCD 2022-L5